

Elena Garro

Un hogar sólido

De *Antología de la literatura fantástica*, Jorge Luis Borges, Silvina Ocampo, Adolfo Bio Casares, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1977.

Clemente (60 años); Doña Gertrudis (40 años); Mamá Jesusita (80 años); Catalina (5 años); Vicente Mejía (23 años); Muni (28 años); Eva, extranjera (20 años); Lidia (32 años).

(Interior de un cuarto pequeño, con los muros y el techo de piedra. No hay ventanas ni puertas. A la izquierda, empotradas en el muro y también de piedra, unas literas. En una de ellas. Mamá Jesusita, en camisón de encajes y cofia de dormir de encajes. La escena muy oscura.)

Voz de Doña Gertrudis. —¡Clemente, Clemente! ¡Oigo pasos!

Voz de Clemente. —¡Tú siempre estás oyendo pasos! ¿Por qué serán tan impacientes las mujeres? Siempre anticipándose a lo que va a suceder, vaticinando calamidades.

Voz de Doña Gertrudis. —Pues los oigo.

Voz de Clemente. —No, mujer, siempre te equivocas; te dejas llevar por tu nostalgia de catástrofes...

Voz de Doña Gertrudis. —Es cierto... pero esta vez no me equivoco.

Voz de Catalina. —¡Son muchos pies, Gertrudis! (Sale Catita, vestida con un traje blanco de los usados hacia 1865, botitas negras y un collar de corales al cuello. Lleva el pelo atado en la nuca con un lazo rojo.) ¡Qué bueno, qué bueno! ¡Tralala! ¡Tralala! (Catita da saltos y bate las palmas.)

Doña Gertrudis (apareciendo con un traje rosa de 1930). —Los niños no se equivocan. ¿Verdad, tía Catalina, que alguien viene?

Catalina. —¡Sí, yo lo sé! Lo supe desde la primera vez que vinieron. ¡Tenía tanto miedo aquí, solita!

Clemente (aparece en traje negro y puños blancos). —Creo que tienen razón. ¡Gertrudis! ¡Gertrudis! ¡Ayúdame a buscar mis metacarpios! Siempre los pierdo y sin ellos no puedo dar la mano.

Vicente Mejía (apareciendo en traje de oficial juarista). —Usted leyó mucho, Don Clemente; de ahí le viene el mal hábito de olvidar las

cosas. ¡Míreme a mí, completito en mi uniforme, siempre listo para cualquier advenimiento!

Mamá Jesusita (enderezándose en su litera y enseñando la cabeza cubierta con la cofia de encajes). —¡Catita tiene razón! Los pasos vienen hacia acá (se coloca una mano detrás de una oreja, en actitud de escuchar), se han detenido los primeros... a no ser que a los Ramírez les haya sucedido una desgracia... esta vecindad ya nos ha hecho llevar muchos chascos.

Catalina (saliendo). —¡Tú, duérmete, Jesusita! A ti no te gusta sino dormir:

Dormir, dormir,
que cantan los gallos
de San Agustín.
¿Ya está el pan?

Jesusita. —¿Y qué quieres que haga? Si me dejaron en camisón...

Clemente. —No se queje. Doña Jesús. Pensamos que por respeto...

Mamá Jesusita. — ¡Por respeto! ¿Y por respeto una tal falta de respeto?

Gertrudis. —Si hubiera estado yo, mamá... pero qué querías que hicieran las niñas y Clemente. (Arriba se oyen muchos pasos. Se detienen. Vuelve el ruido de pasos.)

Mamá Jesusita. —¡Catita! Ven acá y púleme la frente; quiero que brille como la estrella polar. Dichoso el tiempo en que yo corría por la casa como una centella, barriendo, sacudiendo el polvo que caía sobre el piano en engañosos torrentes de oro, para luego cuando ya cada cosa relucía como un cometa, romper el hielo de mis cubetas dejadas al sereno, y bañarme con el agua cuajada de estrellas de invierno. ¿Te acuerdas, Gertrudis? Eso era vivir; rodeada de mis niños tiesos y limpios tomo pizarrines.

Gertrudis. —Sí, mamá. Y me acuerdo también de tu corchito quemado para hacerte ojeras; y de los limones que cernías para que la sangre se te hiciera agua: y de aquellas noches en que te ibas con papá al Teatro de los Héroes. ¡Qué bonita te veías con tu abanico y las dormilonas en las orejas!

Jesusita. —¡Ya ves, hija, la vida es un soplo! Cada vez que llegaba al palco... Clemente (interrumpiendo). —¡Por piedad, ahora no encuentro mi fémur! Jesusita. —¡Qué falta de consideración! ¡Interrumpir a una señora! (Catita mientras tanto ha estado ayudando a Jesusita a arreglarse la cofia.)

Vicente. —Yo vi a Catita jugar con él a la trompeta.

Gertrudis. —Tía Catalina, ¿dónde olvidó usted el fémur de Clemente?
Catalina. — ¡Jesusita! ¡Jesusita! ¡Me quieren quitar mi cometa!

Mamá Jesusita. —¡Gertrudis, deja en paz a esta niña! Y en cuanto a ti, te diré:

no es tan malo que mi niña enfermara,
como la maña que le quedara...

Gertrudis. —Pero mamá, no seas injusta, ¡es el fémur de Clemente!

Catalina. —¡Fea, mala! ¡Te pego! ¡No es su fémur, es mi cornetita de azúcar!

Clemente (a Gertrudis). —¿No se la habrá comido? Tu tía es insoportable.

Gertrudis. —No lo sé, Clemente. A mí me perdió mi clavícula rota. Le gustaban mucho los caminitos de cal dejados por la cicatriz. ¡Y era mi hueso favorito! Me recordaba las tapias de mi casa llenas de heliotropos ¿Te conté que me caí, verdad? La víspera habíamos ido al circo. Todo Chihuahua estaba en las gradas para ver a Ricardo Bell; de pronto, salió una equilibrista, que parecía una mariposa y a la que no he olvidado nunca... (Arriba se oye un golpe y Gertrudis se interrumpe.)

Gertrudis (continuando), —...por la mañana me fui a las bardas, a bailar sobre un pie, pues toda la noche había soñado que era ella... (Arriba se oye un golpe muy fuerte).

Gertrudis. —...Claro, no sabía que tenía huesos. Una, de niña, no sabe nada. Como me lo rompí, digo siempre que fue el primer huesito que tuve. ¡Se lleva uno cada sorpresa! (Los golpes se suceden con más rapidez.)

Vicente (atusándose el bigote). —No cabe duda. Alguien llega, tenemos huéspedes. (Canta):

Cuando en tinieblas
Ríe la luna
y en la laguna
tanta el alción...

Mamá Jesusita. —¡Cállate, Vicente! No es hora de cantar. ¡Mira estos inoportunos! En mis tiempos la gente se anunciaba antes de caerle a uno de visita. Había más respeto. ¡A ver ahora a quién nos traen, a cualquier extraño de esos que se casaron con las niñas! ¡Abate Dios a los humildes!, como decía el pobre de Ramón, a quien Dios tenga en su santa gloria...

Vicente. —¡Tú no cambiaste para bien, Jesusita! A todo le pones pero. Antes tan risueña que eras, lo único que te gustaba era bailar polcas (Tararea “Jesusita en Chihuahua” y hace unos pasos.) ¿Te acuerdas cómo bailamos en aquel Carnaval? (Sigue bailando.) Tu traje rosa giraba, giraba, y tu cuello estaba muy cerca de mi boca...

Jesusita. —¡Por Dios, primo Vicente! No me recuerdes esas tonterías.

Vicente (riéndose). —¿Qué dirá ahora Ramón? Él tan celoso y tú y yo aquí juntos, mientras él se pudre solo, allá en el Panteón de Dolores.

Gertrudis. —¡Tío Vicente! Cállese, va a provocar un disgusto.

Clemente (alarmado). —Ya le expliqué, Doña Jesús, que en ese momento no tuvimos dinero para trasportarlo.

Jesuita. —Y las niñas, ¿qué esperan para traerlo? No me dé explicaciones, a usted siempre le faltó delicadeza. (Se oye un golpe más fuerte.)

Catalina. —¡Vi luz! (Entra un rayo de luz.) ¡Vi un sable! ¡Otra vez San Miguel que viene a visitarnos! ¡Miren su lanza!

Vicente. —¿Estamos completos? Pues ahora, ¡orden y nos amanecemos! Clemente. —Faltan Muni y mi cuñada.

Mamá Jesuita. —Ustedes, los extranjeros, siempre apartándose.

Gertrudis. — ¡Muni! ¡Muni! Alguien viene; a lo mejor es una de tus primas. ¿No te da gusto, hijo? Podrás jugar y reírte con ellas otra vez. A ver si se te quita esa tristeza. (Aparece Eva, extranjera, rubia, alta, triste, muy joven, en traje de viaje de 1920.)

Eva. —Muni estaba por ahí hace un momento. ¡Muni, hijito! ¿Oyes ese golpe? Así golpea el mar contra las rocas de mi casa... ninguno de ustedes la conoció... estaba sobre una roca, alta como una ola. Batida por los vientos que nos arrullaban en la noche. Remolinos de sal cubrían sus vidrios de estrellas marinas. La cal de la cocina se doraba con las manos solares de mi padre... Por las noches, las criaturas del viento, del agua, del fuego, de la sal, entraban por la chimenea, se acurrucaban en las llamas, cantaban en la gota de los lavaderos... ¡Tín, tan! ¡Tín, tén, tén, tén, tan!... Y el yodo se esparcía por la casa como el sueño... La cola de un delfín resplandeciente nos anunciaba el día. ¡Así! ¡Con esta luz de escamas y corales! (Eva, al decir la última frase, levanta el brazo y señala el raudal de luz que entra en la cripta. Arriba separan la primera losa. El cuarto se inunda de sol. Los trajes lujosos están polvorientos y los rostros pálidos. La niña Catalina salta de gusto.)

Catalina. —¡Mira, Jesuita! ¡Viene alguien! ¿Quién lo trae, Jesuita: Doña Difteria o San Miguel?

Mamá Jesuita. —¡Espera, niña, vamos a ver!

Catalina. —A mí me trajo Doña Difteria. ¿Te acuerdas de ella? Tenía los dedos de algodón y no me dejaba respirar. ¿A ti te dio miedo, Jesuita?

Mamá Jesuita. —Sí, hermanita. Me acuerdo que te llevaron y el patio de la casa quedó sembrado de pétalos morados. Mamá lloró mucho y nosotros las niñas también.

Catalina. —¡Tontita! ¿Que no sabías que ibas a venir a jugar aquí conmigo? Ese día San Miguel se sentó junto a mí y con su lanza de

fuego lo escribió en el cielo de mi casa. Yo no sabía leer... y lo leí. ¿Y era bonita la escuela de las señoritas Simson?

Mamá Jesusita. —Muy bonita, Catita. Mi mamá nos mandó con lazos negros... y tú ya no pudiste ir.

Catalina. —¿Y aprendiste el silabario? Para eso me iba a mandar mi mamá. Y como es...

Muni (entra en pijama, con el rostro azul y el pelo rubio). —¿Quién será? (Arriba, por el trozo de bóveda abierto al cielo, se ven los pies de una mujer suspendidos en un círculo de luz.)

Gertrudis. —¡Clemente, Clemente, son los pies de Lidia! ¡Qué gusto, hijita, qué gusto que hayas muerto tan pronto! (Todos callan. Empieza el descenso de Lidia, suspendida con cuerdas. Viene tiesa, con un traje blanco, los brazos cruzados al pecho, los dedos en cruz, la cabeza inclinada y los ojos cernidos.) Catalina. —¿Quién es Lidia?

Muni. —¿Lidia? Es la hija de tío Clemente y de tía Gertrudis, Catita. (Acaricia a la niña.)

Mamá Jesusita. —¡Éramos pocos y parió la abuela! Ya tenemos aquí a toda la serie de los nietos. ¡Cuánto mocosos! ¿Pues qué, el horno crematorio no es más moderno? A mí cuando menos me parece más higiénico.

Catalina. —¿Verdad, Jesusita, que Lidia es de mentiritas?

Mamá Jesusita. —¡Fuera bueno, mi niña! ¡Aquí hay lugar para todo el mundo, menos para el pobre de Ramón!

Eva. —¡Cómo creció! Cuando me vine era tan chiquita como Muni (Lidia queda de pie, en medio de todos, que la miran. Luego abre los ojos.)

Lidia. —¡Papá! (Lo abraza.) ¡Mamá! ¡Muni! (Los abraza.)

Gertrudis. —Te veo muy bien, hija.

Lidia. —¿Y la abuela?

Clemente. —No puede levantarse. ¿Te acuerdas que cometimos el error de enterrarla en camisón?

Mamá Jesusita. —Sí, Lili, aquí me tienes acostada per sécula seculorum.

Gertrudis. —Cosas de mi mamá, ya sabes, Lili, lo compuesta que fue siempre...

Mamá Jesusita. —Lo peor será, hijita, presentarse así ante Dios Nuestro Señor. ¿No te parece una infamia? ¿Cómo no se te ocurrió traerme un vestido? Aquel gris, con las vueltas de brocado y el ramito de violetas en el cuello. ¿Te acuerdas de él? Me lo ponía para ir a las visitas de cumplido... pero de los viejos nadie se acuerda...

Catalina. —Cuando San Miguel nos visita, ella se esconde.

Lidia. —¿Y tú quién eres, preciosa?

Catalina. —¡Catita!

Lidia. —¡Ah!, ¡claro! Si la teníamos sobre el piano. Ahora está en casa de Evita. ¡Qué tristeza cuando la veíamos, tan melancólica, pintada en su traje blanco! Se me había olvidado que estaba aquí.

Vicente. —¿Y no te da gusto conocerme a mí, sobrina?

Lidia. —¡Tío Vicente! También a ti te teníamos en la sala, con tu uniforme, y en una cajita de terciopelo rojo, tu medalla.

Eva. —¿Y de tu tía Eva, no te acuerdas?

Lidia. —¡Tía Eva! Sí, te recuerdo apenas, con tu pelo rubio tendido al sol... y recuerdo tu sombrilla morada y tu rostro desvanecido debajo de sus luces, como el de una hermosa ahogada... y tu sillón vacío meciéndose al compás de tu canto, después que ya te habías ido. (Del círculo de luz brota una voz. Un discurso.)

Voz del discurso. —La generosa tierra de nuestro México abre sus brazos para darte amoroso cobijo. Virtuosa dama, madre ejemplarísima, esposa modelo, dejas un hueco irreparable...

Mamá Jesusita. —¿Quién te habla con tanta confianza?

Lidia. —Es Don Gregorio de la Huerta y Ramírez Puente, presidente de la Asociación de Ciegos.

Vicente. —¡Qué locura! ¿Y qué hacen tantos ciegos juntos?

Mamá Jesusita. —Pero ¿por qué te tutea?

Gertrudis. —Es la moda, mamá, hablarle de tú a los muertos.

Voz del discurso. —Pérdida crudelísima, cuya ausencia lamentaremos más tristemente con el paso del tiempo, nos privas de tu avasalladora simpatía y dejas también a un hogar cristiano y sólido en la orfandad más atroz. Tiemblen los hogares ante la inexorable Parca...

Clemente. —¡Válgame Dios! ¿Pero todavía anda por allá ese botarate?

Mamá Jesusita. —¡Lo que no sirve, abunda!

Lidia. —Sí. Y ahora es el Presidente de la Banca, de los Caballeros de Colón, de la Bandera y del Día de la Madre...

Voz del discurso. —Sólo la fe inquebrantable, la resignación cristiana y la piedad...

Catalina. —Siempre dice lo mismo don Hilario.

Mamá Jesusita. —No es don Hilario, Catita. Don Hilario hace la friolera de sesenta y siete años que murió...

Catalina (sin oírla). —Cuando a mí me trajeron, decía: “¡Voló un angelito!” Y no era cierto. Yo estaba aquí abajo, solita, muy asustada. ¿Verdad, Vicente, verdad que yo no digo mentiras?

Vicente. — ¡Dímelo a mí! Figúrense, yo llego aquí, todavía atarantado por los fogonazos, con mis heridas abiertas y... ¿qué veo? A Catita llorando: ¡quiero ver a mi mamá, quiero ver a mi mamá! ¡Qué guerra me dio esta niña! Con decirles que echaba de menos a los franceses...

Voz del discurso. —¡Requiescat in pace! (Empiezan a poner las losas. La escena se oscurece paulatinamente.)

Catalina. —Estuvimos mucho tiempo solitos ¿verdad, Vicente? No sabíamos qué pasaba, por qué nadie vino nunca más.

Jesusita. —Ya te he dicho, Catita, nos fuimos a México. Luego vino la Revolución...

Catalina. —Hasta que un día llegó Eva. Tú dijiste, Vicente, que era extranjera porque no la conocíamos.

Vicente. —La situación era un poco tirante y Eva no nos decía ni una palabra.

Eva. —También yo estaba cohibida... y además pensaba en Muni... y en mi casa... aquí estaba todo tan callado. (Silencio. Ponen la última losa.)

Lidia. —¿Y ahora, qué hacemos?

Clemente. —Esperar.

Lidia. —¿Esperar todavía?

Gertrudis. —Sí, hija, ya irás viendo.

Eva. —“Verás todo lo que quieras ver, menos tu casa con su mesa de pino blanco y en las ventanas las olas y las velas de los barcos...”

Muni. —¿No estás contenta, Lili?

Lidia. —Sí, Muni, sobre todo de verte a ti. Cuando te vi tirado aquella noche en el patio de la Comisaría con aquel olor a orines que venía de las losas rotas, y tú durmiendo en la camilla, entre los pies de los gendarmes, con tu pijama arrugado y tu cara azul, me pregunté: ¿por qué?, ¿por qué?

Catalina. —También yo, Lili. Tampoco yo había visto a un muerto azul. Jesusita, me contó después que el cianuro tiene muchos pinceles y sólo un tubo de color: el azul.

Mamá Jesusita. —¡Ya no molesten a este muchacho! El azul le va muy bien a los rubios.

Muni. —¿Por qué, prima Lili? ¿No has visto a los perros callejeros caminar y caminar banquetas, buscando huesos en las carnicerías, llenas de moscas, y al carnicero, con los dedos remojados en sangre a fuerza de destazar? Pues yo ya no quería caminar banquetas atroces buscando entre la sangre un hueso. Ni ver las esquinas, apoyo de borrachos, meadero de perros. Yo quería una ciudad alegre, llena de soles y de lunas. Una ciudad sólida, como la casa que tuvimos de niño: con un sol en cada puerta, una luna para cada ventana y estrellas errantes en los cuartos. ¿Te acuerdas de ella, Lili? Tenía un laberinto de risas. Su cocina era cruce de caminos; su jardín, cauce de todos los ríos; y ella toda, el nacimiento de los pueblos...

Lidia. —¡Un hogar sólido, Muni! Eso mismo quería yo... Y ya sabes, me llevaron a una casa extraña y en ella no hallé sino relojes y unos ojos sin párpados, que miraron durante años. Yo pulía los pisos, para no ver los miles de palabras muertas que las criadas barrían por las mañanas. Lustraban los espejos, para ahuyentar nuestras miradas hostiles. Esperaba que una mañana surgiera de su azogue la imagen amorosa. Abría libros, para abrir avenidas en aquel infierno circular. Bordaba servilletas, con iniciales enlazadas, para hallar el hilo mágico, irrompible, que hace de dos nombres uno...

Muni. —Lo sé, Lili.

Lidia. —Pero todo fue inútil. Los ojos furiosos no dejaron de mirarme nunca. Si pudiera encontrar la araña que vivió en mi casa —me decía a mí misma— con su hilo invisible que une la flor a la luz, la manzana al perfume, la mujer al hombre, cosería amorosos párpados a estos ojos que me miran, y esta casa entraría en el orden solar. Cada balcón sería una patria diferente; sus muebles florecerían; de sus copas brotarían surtidores; de las sábanas, alfombras mágicas para viajar al sueño; de las manos de mis niños, castillos, banderas, y batallas... pero no encontré el hilo, Muni...

Muni. —Me lo dijiste en la Comisaría. En ese patio ajeno, lejos para siempre del otro patio en cuyo cielo un campanario nos contaba las horas que nos iban quedando para el juego.

Lidia. —Sí, Muni. Y en ti guardé el último día que fuimos niños. Después sólo quedó una Lidia sentada de cara a la pared, esperando...

Muni. —Tampoco yo pude crecer, vivir en las esquinas. Yo quería mi casa...

Eva. —También yo, Muni, hijo mío, quería un hogar sólido. Tanto que el mar lo golpeará todas las noches ibum!, ibum!, y él se riera con la risa de mi padre, llena de peces y de redes.

Clemente. —¿Lili, no estás contenta? Hallarás el hilo y hallarás la araña. Ahora tu casa es el centro del sol, el corazón de cada estrella, la raíz de todas las hierbas, el punto más sólido de cada piedra.

Muni. —Sí, Lili, todavía no lo sabes, pero de pronto no necesitas casa, ni necesitas río. No nadaremos en el Mezcala: seremos el Mezcala.

Gertrudis. —A veces, tendrás mucho frío; y serás la nieve cayendo en una ciudad desconocida, sobre tejados grises y gorros rojos.

Catalina. —A mí lo que más me gusta es ser bombón en la boca de una niña, o cardillo, ¡para hacer llorar a los que leen cerca de una ventana!

Muni. —No te aflijas cuando tus ojos empiecen a desaparecer, porque entonces serás todos los ojos de los perros mirando pies absurdos.

Mamá Jesusita. —Ay, ojalá, y nunca te toque ser ojos ciegos de pez ciego en lo más profundo de los mares. No sabes la impresión terrible que tuve: era como ver y no ver.

Catalina (riéndose y palmoteando). —¡También te asustaste mucho cuando eras el gusano que te entraba y salía por la boca!

Vicente. —Pues para mí lo peor ha sido ser el puñal del asesino.

Mamá Jesusita. —Ahora volverán las tuzas. No grites cuando tú misma corras por tu cara.

Clemente. —No le cuenten eso, la van a asustar. Da miedo aprender a ser todas las cosas.

Gertrudis. —Sobre todo que en el mundo apenas si aprende uno a ser hombre.

Lidia. — ¿Y podré ser un pino con un nido de arañas y construir un hogar sólido?

Clemente. —Claro. Y serás el pino y la escalera y el fuego.

Lidia. —¿Y luego?

Mamá Jesusita. —Luego Dios nos llamará a su seno.

Clemente. —Después de haber aprendido a ser todas las cosas, aparecerá la lanza de San Miguel, centro del Universo. Y a su luz surgirán las huestes divinas de los ángeles y entraremos en el orden celestial.

Muni. —¡Yo quiero ser el pliegue de la túnica de un ángel!

Mamá Jesusita. —Tu color irá muy bien, dará hermosos reflejos. ¿Y yo qué haré, enfundada en este camisón?

Catalina. — ¡Yo quiero ser el dedo índice de Dios Padre!

Todos a coro. — ¡Niña!

Eva. —¡Y yo una ola salpicada de sal, convertida en nube!

Lidia. — ¡Y yo los dedos costureros de la Virgen, bordando... bordando...!

Gertrudis. —Y yo la música del arpa de Santa Cecilia.

Vicente. —Y yo el furor de la espada de San Gabriel.

Clemente. —Y yo una partícula de la piedra de San Pedro.

Catalina. —¡Y yo la ventana que mire al mundo!

Mamá Jesusita. —Ya no habrá mundo, Catita, porque todo eso lo seremos después del Juicio Final.

Catalina (llora). —¿Ya no habrá mundo? ¿Y cuándo lo voy a ver? Yo no vi nada. Ni siquiera aprendí el silabario. Yo quiero que haya mundo.

Vicente. — ¡Velo ahora, Catita! (A lo lejos se oye una trompeta.)

Mamá Jesusita. —¡Jesús, Virgen Purísima! ¡La trompeta del Juicio Final! ¡Y yo en camión! Perdóname, Dios mío, esta impudicia...

Lidia. —No, abuelita. Es el toque de queda. Hay un cuartel junto al panteón.

Mamá Jesusita. —¡Ah! Sí, ya me lo habían dicho; y siempre se me olvida. ¿A quién se le ocurre poner un cuartel tan cerca de nosotros? ¡Qué gobierno! ¡Se presta a tantas confusiones!

Vicente. —¡El toque de queda! Me voy. Soy el viento. El viento que abre todas las puertas que no abrí, que sube en remolino las escaleras que nunca subí, que corre por las calles nuevas para mi uniforme de oficial y levanta las faldas de las hermosas desconocidas... ¡Ah, frescura! (Desaparece.)

Mamá Jesusita. —¡Pícaro!

Clemente. —¡Ah, la lluvia sobre el agua! (Desaparece.)

Gertrudis. —¡Leño en llamas! (Desaparece.)

Muni. —¿Oyen? Aúlla un perro. ¡Ah, melancolía! (Desaparece.)

Catalina. —¡La mesa donde comen nueve niños! ¡Soy el juego! (Desaparece.)

Jesusita. —¡El cogollito fresco de una lechuga! (Desaparece.)

Eva. —¡Centella que se hunde en el mar negro! (Desaparece.)

Lidia. —¡Un hogar sólido! ¡Eso soy yo! ¡Las losas de mi tumba! (Desaparece.)